

# CARAS Y APETAS

SEMANARIO FESTIVO  
 DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III  
 Nº 152  
 Febrero 21 de 1897

**PRECIOS SUSCRICION**  
 MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

**EXTERIOR**  
 Los mismos precios, en moneda equiva-  
 lente, con el aumento del franqueo.  
 Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301  
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

El con gafas



Así esa visión fatal  
 se abate sobre el país  
 y la vida nacional  
 de acabarse está en un tris;  
 pero ellos, como si tal.

M. M. M. M.

## SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag».—«La Serpentina», por Manuel Escalante Gómez.—«Teatros».—«Don Tomás Gomensoro».—«Epigramas», por varios.—«Dios loco», por Luis Maeso.—«Una monedera falsa», por Eustaquio Cabezón.—«La rosa aplaudida», por Alfonso Pérez Nieva.—«Correspondencia particular».—«Menudencias», por A. E.—«En el Restaurant del teatro», por Creso.—«La gracia ajena», por Cilla.

GRABADOS.—«El con gafas», por Wimplaine II.—«Don Tomás Gomensoro» y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Nada; que no hay quien saque á la Comisión del partido colorado de su porfía.

Se ha empeñado en hacerle un *meeting* á don Tomás Gomensoro, y de ahí no sale.

Pero parece que esto va contra las leyes, ó por lo menos debe ir, cuando la policía no lo consiente y de ahí que tenga que ingeniarse para salir con la suya.

Ahora invita al pueblo á pasar por separado, individualmente frente á la casa del patricio, para no meter miedo á la policía.

Pero esto lo prohibirá también, probablemente, la policía.

Y la Comisión tendrá que buscar modo de que cada individuo pase en pedazos frente á la casa policialmente estigmatizado, á ver si así le pasa la zozobra al señor ministro de Gobierno.

Que, probablemente no le pasará. A quien le pasará algo será á los del *meeting* como la policía se opongá.

Y va así á llegar el caso de que los señores colorados independientes tengan que solicitar permiso para ir á misa y sufrir prohibición absoluta de tener familia.

\*\*

Al señor Carlos Blixen, director de *La Guayaba*, lo tuvieron veinticuatro horas en prisión, acusado de haber roto algunos ejemplares de una *Guayaba* apócrifa, y solo recobró su libertad mediante el pago de once pesos y pico á título de multa.

¡Pero como anda de cara la libertad en estos tiempos de Ríos Ximenez é Idiarte Borda.

Como artículo escaso en suba; pero en realidad está en baja.

Ahora es del caso preguntar, como problema de regla de tres:

Si el señor Blixen pagó once pesos y pico por la *ruptura* de algunas guayabas, ¿cuanto deberá pagar cada subalterno del señor Sanchez por las que rompieron á los muchachos en ocho días de persecución?

Solución: Nada.

Sorprendente pero exactísima.

\*\*

Está visto que si la anunciada revolución

no viene santificada d antemano, es porque no quiere.

Como que todos los últimos diarios dicen que en Santa Victoria se apresta una partida revolucionaria, otro cuerpo de ejército está ya pronto en Santa Ana, y en Santa Fé hay media población revolucionaria.

Y lo peor es que están con caballos, lo cual no deja de ser una *caballerosidad* para las santas, y un motivo de preocupación para muchos, supuesto el caso que vengan, pues la mantención de un caballo no es cosa pequeña, ahora que la langosta no ha dejado hierba en estado de merecer los refinamientos gastronómicos del digno paquidermo.

A lo que contestábame ayer un ciudadano que no gasta pulgas, pero que gasta desatinadamente los chistes ingeniosos.

—¿Que se morirán de hambre los caballos? ¡Déjeme usted! Suponer que se puedan morir los caballos por falta de hierba que comer! ¡Es ridiculo!

—Pues ¿cómo?

—Comiendo; la cosa es clara. Porque, puesto que los revolucionarios se encuentran en Yerval, me parece que á los caballos no les ha de faltar la hierba para hacer boca.

\*\*

—¿Ha visto usted que todos los revolucionarios se dirijen hacia Livramento?

—Hacen bien, amigo!

—¿Por qué, hombre?

—Si se trata de *librar* una batalla cuanto antes, en Livramento están perfectamente.

\*\*

De varios periódicos: «Se cuenta que Aparicio Saraiva...» «Se cuenta que Juan Francisco Mena...» «Se cuenta que Eduardo Acevedo Díaz...»

—Pero ¡hombre! ¿De dónde vienen todas esas cuentas?

—De dónde han de ser: del *Rosario*.

## La Serpentina

Mariposa de fúlgidos colores,  
aparición aérea, tentadora,  
que gira, se dilata y se evapora  
en ráfagas de luz multicolores.  
Ondas rosadas, ténues resplandores,  
fantástica belleza que enamora  
brotando en confusión encantadora,  
nubes de fuego y matizadas flores.  
Cadencia sensual que nos halaga,  
movimiento indolente que embriaga  
é ilusiona á la vez que nos fascina;  
una estela de azul tornasolada  
que se pierde en las sombras de la nada.  
Tal es en mí sentir la serpentina.

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ



El *Pabellón Nacional*, ha estado esta semana como siempre, bastante concurrido, sin que haya dejado el público de acudir á él, como cuando estaba la

Pastor, pues á pesar de los notables dotes de esta artista, su puesto ha sido reemplazado por elementos de gran valía, y además ha quedado Juárez, con las inmensas simpatías que se ha granjeado en este público, firme en su puesto como viejo soldado, y esta comparación bien la merece, pues no en balde se ha puesto cientos de veces la casaquilla militar en ¡*Viva mi niña!* Y cuidado que la lleva con más arrogancia que Barriola al frente de sus voluntarios.

Las piezas que han dado esta semana son: *El Gaitero*, *Chateau Margaux*, *La hija del barba* y *La espada de honor*.

Esta última es una vistosa pieza de gran aparato militar, que recomiendo á ustedes con toda sinceridad.

\*\*

En *San Felipe* ya saben ustedes que hay una compañía de niños que trabajan como artistas mayores, y en verdad que toda ponderación es poca; hay que ver á aquellos pequeños como se agrandan en la escena, al revés de nuestros políticos, que cuantos más años pasan más se achican.

Una de las piezas bastante bien interpretadas fué *Cádiz*. Aquella chula tan graciosa y correcta en sus papeles, y aquel cieguito que daba ganas de oírle cantar coplas toda la noche, son capaces de hacerle empeñar á uno un paraguas en una noche de lluvia, con tal de poder verlos en las tablas.

Y digan que no tengo espacio para decirles como interpretaron *La Verbena*, *El duo de la Africana* y otras, que si yo les dijera, eran capaces de vender los lentes los que fueran cortos de vista, para hacerse la ilusión de que veían á los correctos artistas.

## DON TOMÁS GOMENSORO

CARAS Y CARETAS honra hoy sus páginas con el retrato del viejo patricio, como homenaje á su honrosa tradición, y como muestra de adhesión á la protesta que todos los pechos uruguayos formulan frente á una situación que considera delito el rendir un saludo pacífico á las virtudes del legendario ciudadano.



Juan Fregado, el comerciante,  
Hombre enteramente calvo,  
Se fundió, más resta en salvo  
Su nombre de comerciante.  
Y á muchos dice Fregado  
Con un acento profundo:  
—He pagado á todo el mundo,  
Pero me encuentro pelado.

\*\*

Preguntaban á un gallego  
Que nunca un teatro pisó:  
—¿A qué lado, di Rodó,  
Del paraíso irás luego?  
Y éste, con frase maltrecha,  
Sin dilación respondió:  
—¿A qué lado he de ir sinó  
Del Dios padre á la derecha?

PORTO CARRERO.

\*\*

El papá de un magistrado  
dice del hijo, que está



DON TOMÁS GOMENSORO



Verdadero que sincero  
hacer acaba  
la ley D. Juan Primero  
ley grave y severo  
la municipal Guayaba.

muy contento, porque ya las vacaciones le han dado.

Y este comentario saca, según en público dijo hablándonos de su hijo —«Es un magistrado y vaca.»

J. SOLIS Y MONTORO

\*\*

No se declare Vd. nunca por escrito á una mujer, porque surte el mismo efecto que si no lo hiciera usted.

Yo mismo que en dicho asunto tengo suerte alguna vez, me he declarado tres veces y he conseguido las tres... perder tres sobres, tres sellos y tres pliegos de papel.

RAMÓN ASENSIO MÁS

\*\*

—¡Eres un bruto, Revuelta! gritó furioso el sargento, ¡te quedas sin movimiento y he mandado media vuelta!

Y el quinto dijo—Señor, no me he movido, pues creo que volver la espalda es feo hablándome un superior.

JOSÉ RONDÓN



## Dios loco

SALUD!!

Campanillea el Dios loco. Llega en un carro grande, pesado, donde aletean los colores. Y del carro cuyas ruedas rechinan sobre las piedras, tiran bestias resignadas. El viene al frente, gesticulando, echando a uera, en aluvión de buen humor, toda la alegría dormida durante un año. Haces bien, supremo viajero de los tres días! Suelta eso que á ti y á los demás te anda adentro, cosquilleando como picazón de moscas fastidiosas. Ríete tú y haz reír á las mujeres desnudas que te acompañan, de esta hiel de vida que se nos da y nos quita para llevársela después como en obsequio solemne á los miserables gusanos, esos últimos glotonos de la tumba, que celebran al festín de la inmundicia, sobre lo que fué nido de amores, calor vivo de afecciones puras, almas de madres y risas de niño!—Sacude el látigo que llevas y pega fuerte! Como no saben quien eres, la ofensa herirá más hondo.

Como te salva la cara de carton, tu cara de humano no se verá y el tirón de honor, te hará inespugnable, á menos que la sangre, batiendo en oleaje por adentro, suba y mande en imperioso irresistible,

ble, que caiga de un arrancón, el trapo tras del cual tiras al alma del que pasa, amigo ó nunca visto, todos los humores ácidos, que te salen del fondo, á ladrar afuera, como bandada de perros campesinos.

Entona todos los colores que te acompañan ¡Dios alegre! Has que la virtud, esa inutilidad de la vida, se descote y blanquee sobre las gasas rosadas del baile, que para eso estás tú, que has sabido dejar la carne al aire y poner en la cara blanca de su dueña, el antifaz de raso negro, tras del que brillan como carbones rojos ojos más negros todavía, que pasan y refulgen como buscando alguien por la sala llena de ruidos, donde el Carnaval ha entrado llevando del brazo manolas, zingaras y gallegas.

Bájate del carro, toma mi brazo y llévame donde quieras. Eso que ha caído entre los dos, una cinta de colores, es una serpentina. Sucede al hilo de aromas el antiguo pomo, y es manifestación fina que traes tu de la Europa, de donde viene, de la Europa, que ahora se está riendo en plena nieve, y que quizá en esta noche encuentre á su paso, perdido en los caminos, al parecer dormido como niño cansado, al alegre Pierrot, que ha muerto bailando, de la aneurisma rota, en medio del alegre Carnaval.

Basta Dios amigo! Sigue tú que yo me quedo. Ese recuerdo del Pierrot blanco, que murió moviendo su túnica en un baile desatado, me ha herido mucho y hace que te abandone.

Sigue tú aleteando goces. Sigue en el carro pesado, lleno de colores, donde te acompañan las mujeres desnudas que tu poder sujeta.

LUIS MAESO

Febrero, 19.

## Una monedera falsa

—Felices.

—Muy buenos días, señorita.

—A ver, deseo, para arreglar un vestido, adornos de terciopelo.

—¿Los quiere usted en colores?

—No, en negro. —Bien, pues en negro hay ahora precisamente un surtido muy completo. ¿Y qué número de varas necesita usted?

—Yo creo que con muy poquita cosa tendré bastante.

—¿Que arreglo es?

—El de una falda usada, en la que por tal concepto...

—¿Quiere usted gastar poquito!...

—Fírese usted, lo menos posible.

—Perfectamente, señorita. ¿Con que en negro?

—Sí.

—Pues va usted á ver todo el surtido que tenemos.

—¡No se moleste usted tanto, por Dios!

—Si no me molesto, al contrario.

—Muchas gracias. —Nada, está uno en su elemento trabajando.

—Bien, pues éste. Ahora dígame usted el precio más barato.

—Seis pesetas.

—¿Pero lo menos?

—Lo menos —¡Ya me bajará usted el picol!...

—Señorita, no podemos; pero, en fin, teniendo en cuenta que se trata de un arreglo...

—Pues, bien corte usted tales varas sin lastimarse los dedos... ¿Qué otros artículos tienen ahora?

—Té.

—¿Verde?

—No, negro. —¡Si viera usted que difícil soy para el té!...

—Lo comprendo; estará usted acostumbrada á un té exquisito...

—¡Ay! selecto.

Como que me lo remiten de Inglaterra nada menos.

—Pues el de casa, ¡oh! el de casa...

—¿Es bueno, eh?

—¡Pero muy bueno!

—Bien, pues deme usted un paquete, lo probaré, y ya veremos; porque soy difícilísima, como he dicho á usted.

—Es cierto.

—¿Cuánto es todo?

—Diez y siete pesetas.

—Ahí tiene ciento.

—Dispense usted, señorita... Siento decirselo... pero... este billete...

—¿Qué tiene?

—Me parece que no es bueno. Lo confrontaré con otro y así nos convenceremos. A ver, el de usted es el número treinta y ocho mil doscientos.

Pues nada, no admito duda; devuélvalo usted al momento á quien se lo haya á usted dado, porque es falso.

—¿Pero es cierto?...

—Sí, señora.

—¿Qué incidente!

—¡No se apure usted por eso!

—¿Como usted no me conoce puede juzgar!...

—No, ya veo que es usted una persona decente, que ha sido objeto de estas sorpresas constantes.

—Gracias.

—Por lo tanto, el género... ¿se le envía á usted á casa... ó quiere?...

—Sí, porque tengo que oír misa todavía, por cuya razón no puedo llevarlo.

—Como usted guste.

—Pero no obstante, agradezco su atención. Serrano, doce, señora de Arroyo.

—Bueno

Con que se manda el paquete y vuelve el chico diciendo ¡que no vive tal señora allí, ni hay tales carneros!...

Con parroquianas como esta se hace uno rico al momento.

EUSTAQUIO CABEZÓN.



—Diego, ¿qué haces ahí parado, hombre? El estudiante se volvió rápidamente, como el que sale de pronto de un sueño, y vió ante sus ojos á

su camarada de aula, el rubio que se acostumbraba á sentar en el último banco. Todas las noches de primer turno llegaba el escolar á la misma hora, entre ocho y nueve, al teatro de la Opera, esquivaba las proximidades de guardias y de lacayos, y allí permanecía inmóvil, estático, algo estatua, un poco sonámbulo, ignorado, pegado al muro, hasta que arribaba al ancho portalón un lujoso landó tirado por dos yeguas. Adelantábase entonces el joven, y en el momento de entrar el carruaje, desde la penumbra echábase dentro por la ventanilla una cosa que él tenía en la mano protegiéndola con exquisito cuidado: era una rosa.

La flor se quedaba en el coche, y del vehículo descendían luego una aya inglesa y una dulce criatura en sus diesiseis femeniles primaveras, vestida de blanco; una y otra hacían ademán de buscar con la vista al incógnito, que seguía oculto á la niña con ojos desesperados, viéndola desaparecer tras las mámparas del foyer. Luego los escasos transeuntes que acertaban á atravesar la plaza de Oriente se tropezaban en la sombra con una extraña silueta negra de loco que hablaba solo y en voz alta.

El estudiante iba á contestar con acritud para que su amigo le dejara libre, pero éste se adelantó á decirle:

—¿Eres aficionado á la música?

El estudiante miró á su compañero, y sin saber lo que se proponía con su pregunta, replicó:

—Ya lo creo!

—Pues voy á proporcionarte la manera de oír todas las noches la ópera, si tú quieres.

El corazón se le disparó al galope al estudiante, y en el acto pensó que la entrada en el teatro significaba la presencia de la niña, el poder verla á sus anchas tres horas. Balbuceó, pues, dos palabras de gracias y estrechó á su amigo la mano, mientras el rubio del último banco le decía:

—Yo soy el jefe de la *claque*, y desde ahora mismo te ofrezco una plaza de alabardero. Ahí tienes el billete. Lo que siento es no haber sabido antes tus gustos filarmónicos.

II

Qué bien se distinguía desde allí su palco! ¡Y considerar que en lo sucesivo no dejaría de verla ni un turno! ¡Si el rubio del último banco hubiera podido saber el verdadero motivo de sus líricos entusiasmos! ¡Pero cómo iba á imaginarse que él, un pelagatos, un estudiante de Derecho bastante torcido, sin un real, estaba enamorado de una presunta marquesa millonaria?

Su presencia en la platea era como una aparición, como una salida de aurora. A las nueve surgía envuelta entre gasas, con el pelo empolvado: una viejecilla de dieciséis años. Desde su asiento del paraíso distinguía su cabeza blanca sobre el alto cuello de su capa forrada de armiño. Se quitaba el abrigo, y el hada anciana se convertía, como en las comedias de magia, en una primavera. ¡Qué envidia á los gemelos, á los guantes, al abanico, al antepecho, al sillón, á cuantos objetos iban á ser suyos durante unas horas!

A las dos noches era el favorito del rubio del último banco por su manera de batir las palmas. ¡Como que aplaudía por necesidad de su alma, por dar suelta á la emoción que le ahogaba, metiendo ruido! ¡Toma! A él lo mismo le daba el tenor, que la tiple, que el último corista. No tenía oídos durante las dos noches de adoración, sino ojos solamente. Pronto la interesante aristócrata advirtió aquel espionaje de las alturas, entre el Eufrates y el Tigris. Una vez le sorprendió devorándola con los gemelos; volvió á descubrir los insistentes anteojos fijos en ella, y concluyó por enderezar los suyos hacia los investigadores de arriba. Hubo desde entonces una lucha de lentes, y la niña llegaba al palco, miraba al paraíso y se sonreía. ¡Si supiera que yo soy el de las rosas! pensaba el escolar. Continuaba gastándose en las flores cuanto podía de la mensualidad que le mandaban de la provincia, empeñando los libros, privándose hasta de fumar, para que no faltara á la dulce deidad el nocturno y poético tributo.

Una noche se le antojó encontrar á Psiquis pensativa y triste. No cabía duda. Le miró, le miró mucho, y apenas atendió á la escena. ¿Le amaba? ¿Había adivinado que era el de las rosas? Se estremió de dicha. Hizo entonces una prueba: cambió de sitio, y con efecto, la marquesita le buscó con los gemelos hasta encontrarle. ¡Ah, le quería, sí! Tuvo entonces la originalidad. A una mujer tan alta, tan linda, tan aristocrática, no se la podía hacer una declaración de mancebo de perfumería. Escribió, pues, en una tarjeta: «Adoro á usted. ¡Ha adivinado usted que el que la obsequia con una flor antes de entrar en el teatro es el mismo del paraíso? Si en su corazón de usted hay algo que late por mí, colóquese esta noche en el pecho un capullo. —El de los gemelos.» Y prendiendo el talle en el cartoncito con un alfiler lo echó en el coche.

III

Los minutos se le figuraron aquella noche siglos desde que dejó la rosa en el landó, y trepó á sus celestiales alturas. Cuando puesto de pie en su sitio flechó los gemelos, aún se hallaba vacío el palco de enfrente. La representación había comenzado y la tiple cantaba su aria de entrada, una romanza lenta y dulcísima que abajo en la orquesta acompañaban á la sordina violoncellos y violines. No se oía en la sala el rumor más leve. El público era un solo oído.

De pronto, asomándose á la baranda con su alada silueta, apareció en el palco la marquesita. El estudiante se la comió con los gemelos. En el lado izquierdo del pecho, sobre una ola de gasa, descansaba el soñado capullo. La niña se sonrió, y á su vez clavó sus anteojos en el paraíso.

La cosa fué horrible. De improviso, al atacar una nota difícilísima la tiple, cuando el silencio era absoluto, estalló en la sala un aplauso extemporáneo y frenético. Todo el mundo miró hacia el sitio donde brotaba, mientras las palmas seguían batiendo, y allá arriba surgió el bueno del estudiante chocando las manos como un loco. Alzóse un unánime coro de protesta, entró el acomodador, y con ayuda de los guardias llevaron fuera al imprudente, diciendo al paso á los *dilettanti*: «Es un loco», mientras él gritaba forcejeando:

—¡Me da la gana! ¡Yo aplaudo á la rosa!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



Decía *La Ley* los otros días que Saraiva no pasaba esperando el recibo, de nuevo armamento, lo cual dió motivo á que un individuo criticando la aptitud del caudillo le dijera á un amigo suyo:

—¿Sabes lo que está haciendo Saraiva?

—Preparándose para invadir—le contestó el otro.

—Pues no señor... está haciendo negocios de armas y si vieras que desconfiado es el hombre, no quiere largar los pim-pum, sin que le den el documento debido.

—Pero en qué te basas para decir esas cosas?

—Pues hombre, sabes que eres cándido, no vez que los diarios dicen todos los días que está contratando un gran armamento y hoy mismo dice *La Ley* que está esperando el recibo.



En un hotel:

—Mozo tiene Vd. algo que comer.

—No señor, hace rato que he comido.



El señor Urbano Chucarro acaba de ser agraciado con el título de caballero de la real orden de doña Isabel la Católica. Lo cual dió motivo á que una señora hablando del asunto con su esposo le dijera:

—De modo que recién podremos llamarle caballero.

—Es natural, le contestó su cónyuge.

—Mira tú lo que son las cosas, y yo que lo creía un *correcto caballero*.



A un chacarero del Durazno, propietario de almacén y tienda le preguntaba un individuo:

—Dígame ¿usted no se aburre de estar aquí en el campo, entregado al comercio y plantando papas y zapallos?

—No, señor, porque también me dedico á la literatura.

—¡Ah! ¿Y qué escribe usted?

—De todo: serio, triste, festivo; de lo que usted quiera.

—¿De manera que usted cultiva todos los géneros?

—No, señor, lo que cultivo son papas y zapallos, y los *géneros* los vendo.



En un pueble de la campaña argentina ha pedido divorcio la señora Mina Rodríguez, porque su marido quería explotarla, y dicen que todos los vecinos critican duramente la actitud del esposo.

Y en realidad que ningún Delito, él ha cometido, Pues explotar una mina Es algo bien admitido.

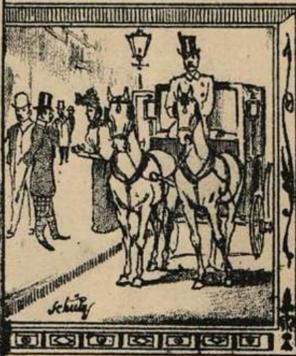
A. E.



**NOTA**—Por un descuido que lamentamos se han traspuesto los versos de las caricaturas, así es que la quintilla de la caricatura del centro va en la 1a. página, y vice versa.



CORRESPONDENCIA



PARTICULAR

P. R.—Montevideo—Sus versos se publicarán cuando mejore la situación del país; ya ve Vd. que no tiene porque perder toda esperanza.

Jorge Ventura—Canelones—

Sus versos señor Ventura Son todos una locura.

N Luna—Montevideo—Lo que siento es que no abundan las levas para que lo llevaran á limar las puntas de las bayonetas que quizá las limara con más arte que á los versos.

Pedro Rodríguez—Paysandú—Señor don Pedro: no quisiera decirle que deje de escribir, pero le aconsejaría que cuando piense escribir en prosa se decida por el verso, y cuando piense en el verso se decida por la prosa.

R. Crosa—Salto—Por la muestra que ha mandado veo que es Vd. capaz de escribir más que Lope de Vega; pero le suplico que no me mande más versos.

Equilibrista—Dedíquese mejor á bailar en la cuerda floja que á escribir versos.

Abogado.—Si Vd. redacta sus defensas como ha escrito este artículo, no sólo le fusilan á su defendido sino que Vd. se expone á pasar un mal rato.

Tshm.—Es un poco demasiado filosófico; si hubiera resultado más alegrito...

Porto Carrero.—Los demás no van por lo que Vd. puede suponer.





Bien dicen que cada cual tiene su manía. Hay quienes no pueden estar sin enamorarse tres meses a una costurera y quince días a una modista; hay otros que no se han hecho dos trajes en una misma casa, y no se vaya a creer que es por la cuestión del pago, sino por la manía de probar las tijeras de cuantos sastres encuentran; pero un conocido mío hombre esencialmente práctico tiene la manía bucólica de no dejar un hotel ó restaurant en que él no haya hecho, una buena cena, ó un suculento almuerzo.

—Tú bien sabes, me decía los otros días, que yo he recorrido desde «El Charpentier» hasta la «La fonda de Roma»; pero ahora han abierto al lado de Solís una nueva casa «El Restaurant del Teatro», y la verdad que no haber ido a probar un par de platos en el viejo salón del Nine Pins, hace días que me tiene en espinas.

Pero un amigo que estaba con nosotros, el cual también tiene su manía, de los juegos de palabras, y a quien no se le puede hablar de una mujer de vista atravesada, porque ya le sale hablando del Dr. Vizca, ni se le puede hablar de Borda, sin que le mencione algún contrato con Lessa, y ya también se lo califique de, el contrato *Bordalesa*, no bien oyó aquello de, me tiene en espinas, cuando ya hizo su observación.



—Mejor deberías decir que te tiene en alfileres.  
—¿Por qué?  
—Hombre, como que Nine Pins quiere decir mueve alfileres.  
—Bueno, agregó el otro, hoy estoy decidido a hacer un almuerzo en el Nuevo Restaurant, con que ya pueden darse por invitados.

—De mil amores dijo el amigo de los juegos de palabra en estos tiempos en que los gobernantes son los primeros en *manyar* de lo lindo, quien se niega a una invitación de esta clase.

Poco después atravesábamos la ancha plazoleta de Solís y entrábamos en el hermoso salón del Restaurant, donde unas cincuenta personas hacían honor a sus variadas listas de platos.

Un buen grupo de jóvenes, ocupaban una larga mesa, al lado de la cual nos colocamos, entreteniéndonos bastante con sus conversaciones.

En aquella improvisada reunión, no se dejaba un asunto de actualidad sin sus comentarios y observaciones.

—Han visto ustedes, decía uno de ellos, que triste está la plaz.

—Claro está, decía otro ¿también a la una de la tarde quieres tú ver en ella alegría?

—Es que no la hay ni de día ni de noche.

—Pues anoche la ví llena de gente y bastante alegre que estaba con la música.

—Pero hombre, si me refiero a la plaza comercial.

—También, agregó otro, si el comercio se retira para campaña.

—¿Para campaña? dijeron todos.

—Sí señores; si el ejemplo lo dan los mismos generales. ¿No dicen que Amuedo y Villar se preparan a pener sus *tiendas de campaña*.

A propósito de generales, decía uno de los jóvenes: ¿Han visto la actitud que están tomando en estos días? Los unos se inclinan al presidente, los otros a los partidos; en fin, que están formando mil divisiones en la política.

—También, agregó otro, que puede esperarse de generales que casi todos son de *división*.

Y al tenor de esas conversaciones, se oían infinidad de diálogos, que daban gran animación a aquella sala.

Así en una mesa cerca de la nuestra, un individuo que estaba leyendo el diario le decía a un amigo:

—Da no se qué, leer los diarios, no traen mas que noticias tristes, figúrate que este, además de traer columnas enteras, recalcando la triste situación del país, nos dá en la última hora las noticias de un suicidio y dos muertes repentinas.

—También que quieres tú esperar, le contestó el amigo, de una sección que se llama *Ultima Hora*?

CRESO.



## La gracia ajena

POR CILLA



Yo me paso el invierno  
Sano y caliente,  
No tomando más agua  
Que el agua ardiente.



Lo que yo digo es que los que se dejan timar son tontos ¿a qué no ha nacido el guapo que me estafe a mí en cien pesos?



—¿Con qué no me comprabas la pulsera porque te hacía falta el dinero para el empréstito, y no está tu nombre en las listas?  
—¡Vaya! y con uno de los mayores donativos.... Lee ahí: *El Marqués de Comillas*.  
—¡Pero tu no eres marqués!  
—¡Es mi seudónimo!